

Deconstrucción Agustín Sierra **femenina**

¿Las mujeres crean? No encuentro misterio en ello. Ya sé lo que piensan: no he contestado a la pregunta, y evitar una respuesta, o el mismo silencio, dejan la puerta abierta a las sospechas. ¿Y eso qué quiere decir?, ¿que las mujeres no son capaces de pintar un cuadro?, ¿que es una tarea que no les corresponde?, ¿que hay ejemplos sobrados de lo contrario?, ¿que la misma pregunta es un error ontológico? Detrás del concepto de creación se esconde toda una amalgama de impulsos inconscientes y de rechazos que no estaríamos dispuestos a aceptar de buen grado. Ahora bien, en qué consiste la creación artística y qué papel ha desempeñado la mujer en el proceso conforman una historia salpicada de fantasías y represiones. En un libro reciente leí la siguiente definición: «La poesía es una declaración moral, verbalmente inventiva y ficcional en la que es el autor, y no el impresor o el procesador de textos, quien decide donde terminan los versos»¹. A esta definición, claro está, le seguía una disección de los términos más problemáticos, tales como «moral» y «ficcional». Resulta difícil encerrar a la poesía. De igual forma al proceso creador. Me gustaría, pues, disertar sobre la poesía como acto de creación artística por antonomasia, y dentro de ésta, la incursión femenina en tan intrincada tarea.

Si hubiese estado en manos de Platón decidir quien entra o no en su Estado ideal, los poetas hubieran llevado las de perder. En la antigua Grecia la poesía consistía en un arte imitativo que sólo producía copias de la naturaleza, meras opiniones, y por lo tanto no un conocimiento verdadero. Tal desplante al acto creativo lo pondría en entredicho siglos después Francisco Ayala siguiendo a Oscar Wilde cuando dijo que es la naturaleza quien imita al arte, pues la naturaleza es «muda..., no significa nada; la naturaleza en sí misma carece de sentido, somos los hombres quienes se lo prestamos sirviéndonos de ella como materia prima para organizar nuestra propia realidad»². ¿Pero qué papel ha desempeñado la mujer en esta organización? Ciertamente uno muy pobre.

Antiguamente se creía que la poesía era producto de la intervención de las Musas y la divinidad, sobre todo en

relación a la música y la lírica. La tradición helenística mantuvo los preceptos aristotélicos y platónicos sobre el origen creador, si bien añadió al acto una suerte de locura transitoria, es decir, para escribir poesía había que cruzar un intervalo de alucinación mística, cuyos momentos de inspiración respondían a la gracia divina. Desde el principio la mujer fue desterrada de las artes. Según los textos apócrifos, Lilith, la primera mujer de Adán, creada del mismo material que él, se cansó de la tiranía de su compañero y le abandonó, llegando hasta el mar Rojo donde viviría desde entonces rodeada de demonios con los que copulaba. A Dios no le hizo ninguna gracia, lo que desembocó en la creación de la figura de la mujer malvada, la bruja, la puta, en contraposición con la mujer ángel, santa y madre. En la Edad Media lo fue la Virgen María y más tarde lo sería el ángel de la casa (a este respecto la literatura acerca del buen comportamiento en el siglo XIX es abundante). Toda dulzura pero nada creativa.

El Romanticismo dejó atrás la rigidez del empirismo filosófico del siglo XVII, iniciando una nueva etapa donde la creación, en opinión de Goethe, era producto del genio interior, pero donde indudablemente la mujer no tomaba partido de manera real, es decir, no como sujeto creador, sino como objeto creado. En este sentido, la pintura es un buen ejemplo de cómo ha sido representada la mujer a lo largo de los años: no retratada como ella es sino como ha sido vista, ha pertenecido siempre al observador, quien se ha servido de ella para simbolizar la vanidad, la pureza, etc. El saberse observada la ha convertido en espectáculo. Cuando Manet pintó su famoso cuadro, *Desayuno en la hierba*, en 1863, escandalizó a la opinión pública porque la mujer desnuda que miraba directamente al espectador estaba «realmente» desnuda, no representaba ningún concepto, no había motivo para mostrarse así, simplemente estaba así, rodeada de dos hombres vestidos a la moda. Como señala John Berger, «Los hombres miran a las mujeres. Las mujeres se contemplan a sí mismas mientras son miradas... El supervisor que lleva la mujer dentro de sí es masculino: la supervisada es femenina»³. El único lugar donde la mujer podía escapar de la

1. Terry Eagleton, *Cómo leer un poema*, Akal, 2010

2. Francisco Ayala, *La creación imaginaria*, en *Letra Internacional*, nº 40, 1995

3. John Berger, *Modos de ver*, Barcelona, Gustavo Gili, 2000

mirada y liberarse era su propio mundo interior⁴, lo que, en cierta medida, apuntaba ya hacia el motor de la creación.

En pleno siglo XX, la famosa «inspiración» para dar forma a un texto o una pintura no hundía sus raíces en la benevolencia de las nueve Musas ni en Dios, cada vez más apartado de tareas artísticas. El psicoanálisis y las ciencias cognitivas entraron en escena para responder a la interminable cuestión. Unos años antes, Nietzsche, en *El nacimiento de la tragedia*, apuntaba que la «bella apariencia de los mundos oníricos, en cuya generación todos los hombres son artistas, es la premisa de todo arte figurativo, e incluso, como veremos, de una parte esencial de la poesía»⁵. Así pues, siendo del inconsciente de donde el autor rescata la materia prima para su obra, donde su verdadero yo aflora, ¿en qué consiste el proceso creador? Muchos artistas defienden que crean para dar sentido a la realidad, para poner orden en el caos, ¿pero qué caos? Obviamente cada persona creadora lo hace desde una posición vital particular, desde un ámbito que engloba elementos culturales, experiencias concretas, recuerdos, etc, pero el impulso necesario para crear se apoya en el intento de superar un sentimiento de vacío, de angustia latente, y escribir un poema o modelar arcilla se convierte en un acto por el cual encajamos una pieza más en el sinsentido de la vida. En este esfuerzo por delinear la realidad las mujeres han sido provistas de menos herramientas puesto que el proyecto vital que se les ha encomendado es más sencillo.

El objetivo del creador consistiría en dar sentido al mundo que le rodea conectando con el público, en esa satisfacción la persona intentaría revivir el vínculo mantenido con la madre en la infancia más primaria, vínculo roto poco más tarde cuando la madre dejase de prestarle tanta atención, de este modo el individuo intentará explicar ese sentimiento de abandono mediante la obra creada, poniendo orden en el caos con el deseo de recuperar esa suerte de paraíso perdido, canalizando la angustia hacia una actividad creativa. El artista se refugia en un mundo donde puede serlo todo, igual que un niño juega a que es un pirata, aislándose de una realidad insatisfactoria.

Pensar que hombres y mujeres somos educados de

igual manera, no sólo en cuanto a conocimientos, sino también en el desarrollo de nuestras aptitudes, en la percepción de nuestro cuerpo, en los derechos y deberes, en la posición de cada sexo dentro del engranaje social, es caer en la más absoluta ingenuidad. Han transcurrido doscientos diecinueve años desde que Olimpia de Gouges escribiera la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, obra revolucionaria que no le salvó de la guillotina, sin embargo, en pleno siglo XXI es muy común regalar una cocinita a una niña y un rifle de asalto a un niño, aunque sean de plástico los materiales. He ahí los prototipos: la ama de casa y el héroe, personajes a la vista de un público entregado. Para Virginia Woolf el concepto de «ángel de la casa» era la imagen más pernicioso que los autores masculinos habían impuesto a las mujeres literatas, quizá porque era como echarle una soga a la creatividad femenina. El ángel de la casa es fiel y paciente cual Penélope, obediente y pasiva, ¿cómo crear en tales circunstancias? Es más, ¿con qué propósito? El progreso se olvidó de ella, pues «el sujeto que comenzó a independizarse en el Renacimiento como ser autónomo, dueño de su destino y demiurgo de su futuro..., era un sujeto blanco, masculino, heterosexual y occidental»⁶.

El único acto de creación permitido a la mujer es el de ser madre, lo que encaja a la perfección con una vida doméstica. Ese es su objetivo, su misión, su ámbito de creación, donde la mujer encarna los ideales sociales de la femineidad, apartada de la figura del artista soñador y aventurero. Hasta hace poco no se tenía en cuenta la literatura escrita por mujeres, el interrogante «se produce a la partir de la incorporación de las mujeres a la vida social en sus distinto órdenes, entre ellos la escritura. Esta pregunta, anteriormente, nunca había sido dirigida a la literatura escrita por los hombres, puesto que, en nuestra cultura patriarcal, esta literatura se identificaba con la literatura en general»⁷.

El camino recorrido por las mujeres para ser consideradas creadoras ha sido largo, pues «en la cultura patriarcal occidental, el autor del texto es un padre, un progenitor, un procreador, un patriarca estético cuya pluma es un instrumento de poder generativo igual que su pene»⁸. El legado cultural ha sido implacable con las pretensiones

4. Se sabe por el estudio de sus manuscritos que Charlotte Brontë escribía con los ojos cerrados, costumbre que ella misma reconocía.

5. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Edaf, 1998

6. L. F. M. Cao (coord.), *Creación artística y mujeres. Recuperar la memoria*, Madrid, Narcea, 2000

7. Lola López Mondéjar, *El factor Munchausen. Psicoanálisis y creatividad*, Murcia, Cendeac, 2009

femeninas de darse a conocer; es por ello que la andadura literaria de las mujeres empezó por la búsqueda de una identidad propia, ajena a los modelos creados para ellas, a la disociación entre mujer buena o mala tan defendida por la religión, al peso de la maternidad, cuya renuncia voluntaria supone a veces un sentimiento de culpa, a la imagen vacía de objeto, a los temas repetitivos como proyecciones masculinas.

Virginia Woolf señaló con ironía: «¿Se dan cuenta de que ustedes son, tal vez, el más discutido animal del universo?»⁹. En 1961 Carmen Laforet irrumpió en la escena literaria con una novela, *Nada*, y una protagonista atípica, quien se apartaba de lo que debería ser una chica de su edad. Andrea no se pintaba, le gustaba caminar sola, quería estudiar, sus escenas amorosas terminan en desastre, en fin, diametralmente opuesto al «ángel de la casa»; en su lugar dio forma a la «chica rara». Años antes Miguel de Unamuno había aconsejado a una joven que se dedicara a las matemáticas antes que a la literatura porque en las ciencias exactas no sufriría discriminación por su sexo. Carmen Laforet ganó el premio Nadal. En el siglo XX diversas corrientes feministas comenzaron a estudiar la literatura hecha por mujeres en un mundo impregnado de lo masculino. Autoras como Toril Moi, Simon de Beauvoir o Elaine Showalter escarbaron en la historia para reconstruirla desde el punto de vista femenino: desde qué ángulo se abordaban los personajes femeninos contruidos por autores masculinos, desde cuál si era por mujeres literatas, la introspección, la relación madre-hija, y un sinfín de matices que venían a sacar otras voces.

¿Las mujeres crean? No encuentro misterio en ello. No se trata de afirmar la especificidad de la literatura hecha por mujeres, sería como colgarle la etiqueta de «especial», y a «especial» le cubre un halo de falsa importancia que no acaba de arreglar el dilema: cómo compartir la voz que disecciona la realidad. Porque hay «voces, multitud de voces, que identificamos como masculinas y femeninas, siempre y cuando ese rasgo no sea sinónimo de una identidad fija,... de una búsqueda desesperada de lo universal en el, en definitiva, singular mundo que cada escritor -hombre o mujer- construye con los materiales de los que dispone»¹⁰. Se trata de esa «sinfonía» en la que se reconocía Pessoa, ese cúmulo de contradicciones y deseos cruzados que nos conforman y nos empujan a empuñar un bolígrafo, un pincel o cualquier herramienta a través de la cual nos volcamos sobre la obra, ese poema escrito, visual o material que habla de nosotros, de ese lado a la sombra de la consciencia que llamea en nuestro interior pugnando por salir. La creación es patrimonio del ser humano, la poesía un mar que baña nuestros pies. El género una diferencia mal entendida.

Agustín Sierra es editor

8. S. M. Gilbert, y S. Gubar, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998.

9. Virginia Woolf, *Un cuarto propio*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006

10. Lola López Mondejar, op. cit.